

TENER O NO TENER
ERNEST HEMINGWAY

TENER O NO TENER

ERNEST HEMINGWAY



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada esté completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

En vista de una reciente tendencia a identificar caracteres de ficción con personajes de carne y hueso, resulta oportuno declarar que en este volumen no figura ninguna persona de la vida real: tanto los personajes como los nombres son ficticios. De modo que cualquier coincidencia ha de tomarse como puramente accidental.

PRIMERA PARTE

Harry Morgan
Primavera

Capítulo primero

¿Saben ustedes cómo es La Habana a primera hora de la mañana, cuando los gandules duermen todavía contra las paredes de las casas y ni siquiera pasan los carros que llevan hielo a los bares? Bueno, pues, veníamos del puerto y cruzamos la plaza para tomar café en el Café de la Perla de San Francisco. En la plaza no estaba despierto más que un mendigo que bebía agua en la fuente, pero cuando entramos y nos sentamos, allí estaban los tres esperándonos.

Uno de ellos se nos acercó:

—¿Qué hay?

—No puedo —le contesté—. Me hubiera gustado hacerlo como favor, pero ya le dije anoche que no puedo.

—Puede fijar el precio que quiera.

—No se trata de eso. Lo que pasa es que no puedo hacerlo.

Los otros dos se habían acercado también y tenían un aire triste. Eran individuos de buen aspecto y me hubiera gustado haberles hecho el favor.

—Mil por barba —dijo uno que hablaba bien el inglés.

—No me haga pasar un mal rato —le contesté—. Le digo que no puedo, y es la verdad.

—Después, cuando las cosas cambien, podría valerle mucho.

—Ya lo sé. Estoy con ustedes. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Me gano la vida con la lancha. Si la pierdo lo pierdo todo.

—Con el dinero puede usted comprarse otra.

—En la cárcel, no.

Debieron de pensar que necesitaba que me convencieran, porque uno de ellos siguió:

—Ganaría usted tres mil dólares y después le valdría mucho. Ya sabe que esto no va a durar.

—Mire usted —le repliqué—. A mí no me importa quién sea el presidente aquí. Pero no llevo a los Estados Unidos nada que pueda hablar.

—¿Quiere usted decir que nosotros vamos a hablar? —dijo uno que no había abierto la boca. Estaba enfadado.

—He dicho nada que pueda hablar.

—¿Cree usted que somos unos lenguas largas?

—No.

—¿Sabe usted lo que es un lengua larga?

—Sí.

—¿Sabe usted lo que hacemos con los lenguas largas?

—No me acorralen —contesté—. Ustedes me hicieron una proposición. Yo no les he ofrecido nada.

—Calla, Pancho —dijo al enfadado el que había hablado antes.

—Ha dicho que vamos a hablar —replicó Pancho.

—He dicho que no llevo nada que pueda hablar —contesté—. Las botellas no hablan. Las damajuanas no hablan. Hay otras cosas que no hablan. Los hombres pueden hablar.

—¿Hablan los chinos? —preguntó Pancho agriamente.

—Hablan, pero yo no les entiendo —le contesté.

—¿De modo que no lo va usted a hacer?

—Ya les dije anoche que no puedo.

—¿Y usted no hablará? —me dijo Pancho. Lo único que no había comprendido bien le había puesto agresivo. Supongo que se había llevado una desilusión. Ni siquiera le contesté.

—Usted no es un lengua larga, ¿verdad? —me preguntó en el mismo tono.

—Creo que no.

—¿Qué es eso? ¿Una amenaza?

—Mire usted —le dije—. No se ponga así a esta hora de la mañana. Estoy seguro de que ha degollado a muchos. Yo, todavía no he tomado el café.

—Está usted seguro de que he degollado a muchos, ¿eh? —No. Y me importa un pito. ¿No puede hablar de negocios sin enfadarse?

—Ahora estoy enfadado —me contestó—. Me gustaría mandarlo al otro mundo.

—Basta. No hable tanto —le dije.

—Vamos, Pancho —exclamó el que había hablado primero. Después se dirigió hacia mí—: Lo siento mucho. Ojalá nos llevara usted.

—También yo lo siento. Pero no puedo.

Los tres se fueron hacia la puerta y yo los seguí con la mirada. Eran jóvenes, bien parecidos y vestían bien. Ninguno de ellos llevaba sombrero. Tenían aire de disponer de mucho dinero. En todo caso hablaban mucho de dinero y usaban el inglés que hablan los cubanos adinerados.

Dos de ellos parecían hermanos. El otro, Pancho, era un poco más alto, pero la misma clase de hombre: esbelto, buena ropa, pelo reluciente. No hubiera yo pensado que era tan esquinado como cuando habló. Me figuro que estaba muy nervioso.

Cuando doblaron a la derecha, después de salir, vi que por la plaza avanzaba hacia ellos un automóvil cerrado. Primero se hizo añicos un vidrio y la bala dio entre la hilera de botellas del aparador de la derecha. Sentí que el revólver siguió funcionando y, bop, bop, bop, a lo largo de la pared se fueron rompiendo botellas.

De un salto pasé detrás del mostrador, por la izquierda, y por encima pude verlo todo. El automóvil se había detenido y al lado se agazaparon dos individuos. Uno esgrimía un Thompson y el otro una pistola automática. El del Thompson era negro. El otro vestía bata blanca de chofer.

Uno de los que habían hablado conmigo yacía en la acera, boca abajo, delante del ventanal del vidrio roto. Los otros dos se habían puesto detrás del carro de hielo de la cerveza Tropical que estaba delante del contiguo bar Cunard. Uno de los caballos pataleaba en el suelo y el otro cabeceaba violentamente.

Uno de los que estaban detrás del carro disparó desde uno de los ángulos y la bala rebotó en la acera. El negro del Thompson se agachó hasta tocar casi el suelo con la cara y en esa postura hizo unos disparos. Detrás del carro cayó hacia la acera uno que quedó con la cabeza reclinada en el borde y protegiéndosela con los brazos. El chofer le hizo otro disparo mientras el negro cargaba su fusil. El tiroteo fue serio. En la acera quedaban marcas que parecían goterones de plata.

El que quedaba en pie tiró de las piernas del caído para ponerlo detrás del carro. Vi que el negro se volvía a agachar para largarles otra rociada. Pancho asomó entonces por uno de los lados del carro, se puso al resguardo del caballo que estaba en pie y, con la cara blanca como una sábana sucia, avanzó apuntando al chofer con su gran Luger, sosteniéndola con las dos manos para no marrar. Sin dejar de caminar disparó dos tiros por encima de la cabeza del negro y uno bajo.

Dio en un neumático del automóvil, porque cuando se le escapó el aire voló polvo. A diez pies de distancia y con la que debía de ser la última bala, pues le vi tirar el fusil, el negro le acertó a Pancho en la barriga. Pancho cayó sentado, se inclinó hacia delante, y, sin dejar de esgrimir la Luger, intentó incorporarse, pero la cabeza no le obedeció. El negro agarró la pistola que había quedado junto al volante del chofer y le voló la sesera. ¡Qué negro!

Yo eché rápidamente un trago de la primera botella que vi abierta, y no hubiera podido decir qué era. Con todo ello había pasado un rato bastante malo. Me deslicé detrás del bar y salí afuera por la puerta de la cocina. Di la vuelta a la plaza y ni siquiera miré hacia la multitud que se iba aglomerando delante del café. Llegué al muelle y entré en la lancha.

El que la había alquilado me estaba esperando y le conté lo que había sucedido.

—¿Dónde está Eddy? —me preguntó. Era nuestro cliente y se llamaba Johnson.

—No le he visto después que ha empezado el tiroteo.

—¿Cree usted que le han dado?

—No, hombre. Ya le he dicho que las únicas balas que han entrado en el café han dado en el aparador. Detrás de las balas venía el automóvil. Entonces fue cuando cayó el primero delante del ventanal. Las balas venían de un ángulo así...

—Me parece que está usted muy seguro.

—He estado de mirón.

En ese momento levanté la cabeza y vi que por el muelle venía Eddy, que parecía más alto y tener peor facha que nunca. Caminaba como descoyuntado.

—Ahí viene.

Traía mala cara. A primera hora de la mañana nunca la tenía muy buena, pero entonces la tenía verdaderamente mala.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—En el suelo.

—¿Lo ha visto? —le preguntó Johnson.

—No hablemos de eso, Mr. Johnson. Sólo con pensarlo me pongo malo.

—Más le vale tomar un trago —le replicó Johnson, quien después me dijo a mí—
: Bueno, ¿vamos a salir?

—Usted dispone.

—¿Qué tiempo vamos a tener hoy?

—Más o menos como el de ayer. Quizá mejor.

—Entonces, vamos.

—Muy bien. En cuanto traigan la carnada.

Llevábamos ya tres semanas pescando con aquel pájaro y todavía no había visto yo más dinero suyo que cien dólares que me dio para despachar la lancha en el consulado, comprar víveres y llenar de gasolina el tanque. Los aparejos eran míos y el hombre pagaba treinta y cinco dólares diarios de alquiler. Dormía en un hotel y venía a bordo todas las mañanas. Yo me llevaba a Eddy, que era quien me lo había traído, y le pagaba cuatro dólares diarios.

—Tengo que poner gasolina —dije a Johnson.

—Bueno.

—Para eso necesito dinero.

—¿Cuánto?

—Cuesta veintiocho centavos el galón y tengo que cargar cuarenta, de modo que son once dólares veinte centavos.

Johnson sacó quince dólares.

—¿Quiere usted destinar el resto a cerveza y hielo?

—Me parece muy bien. Cárguemelo en cuenta de lo que le debo.

Tres semanas me iban pareciendo ya demasiadas para dejarlo así, pero, ¿qué importaba si podía pagar? De todos modos me hubiera debido pagar por semana. Pensé en esperar que se cumpliera el mes. La culpa la tenía yo, pero me alegraba de que el mes iba pasando. Los últimos días me iban poniendo nervioso, pero no quise decir nada para que no se enojara. Si podía pagar, cuanto más tiempo pasara, mejor.

—¿Quiere una botella de cerveza? —me preguntó abriendo la caja.

—No, gracias.

En eso apareció en el muelle el negro que nos traía el cebo y yo le dije a Eddy que se dispusiera a soltar amarras.

El negro subió a bordo y, mientras avanzábamos hacia la boca del puerto, se puso a manipular con un par de caballas. Les metió el anzuelo por la boca, lo sacó por una agalla, les cortó un costado, metió el anzuelo por la abertura, lo sacó por el otro costado y luego les cerró la boca con el alambre y fijó el anzuelo de manera que no se escurriera y que el cebo se agitara nuevamente sin girar.

Era un verdadero negrazo, listo y tristón. Debajo de la camisa llevaba en el cuello un amuleto y se cubría con sombrero de paja. Lo que le gustaba a bordo era dormir y leer diarios. Pero cebaba bien los anzuelos y era rápido.

—¿Puede usted cebar así un anzuelo, capitán? —me preguntó Johnson.

—Sí, señor.

—¿Para qué trae usted entonces un negro?

—Lo verá usted cuando aparezca la pesca mayor.

—¿Qué es lo que voy a ver?

—El negro es más rápido que yo.

—¿Eddy no es capaz de hacerlo?

—No, señor.

—Me parece un gasto innecesario.

Johnson le había estado dando al negro un dólar diario y el negro se dedicaba todas las noches a la rumba. Yo veía que le iba entrando el sueño.

—Es necesario —repliqué.

Pero cuando vimos los smacks con sus remolques anclados delante de Cabañas y los botes anclados y dedicados a la pesca de merlines cerca del Morro, puse proa hacia donde el golfo marcaba una línea oscura. Eddy sacó los dos grandes teasers y el negro puso cebo en las tres cañas.

La corriente había penetrado mucho y cuando nos acercamos al borde vimos que tenía un color morado y formaba remolinos regulares. Soplaba una leve brisa del este y levantamos muchos peces voladores, de esos grandes de alas negras que cuando emprenden el vuelo parecen la imagen de Lindbergh cruzando el Atlántico. No hay mejor señal que los grandes peces voladores. Hasta donde alcanzaba la vista había manchones de las descoloridas algas del golfo que indican que la corriente principal ha penetrado mucho. Unas aves se afanaban sobre un banco de pequeños atunes a los cuales se les veía saltar.

Cada uno de ellos no pesaría más de un par de libras.

—Póngase cuando quiera —dije a Johnson.

Se puso el cinturón y la correa y agarró la gran caña que tenía un carrete Hardy de seiscientas yardas de hilo del treinta y seis. Miré atrás y vi que el cebo se deslizaba bien en la comba de las olas. Los teasers se hundían y volvían a emerger. Llevábamos la velocidad que debíamos y yo metí la lancha en la corriente.

—Meta la base de la caña en el hueco de la silla —dije a Johnson—. Así no pesará tanto. Tenga suelto el sujetador para poder largar hilo cuando pique alguno. Si pica estando tirante lo va a tirar a usted al agua.

Todos los días le tenía que decir lo mismo, pero no me importaba. Sólo uno de cada cincuenta clientes sabe pescar, y, cuando saben, la mitad del tiempo están atontados y quieren usar el hilo que no es lo bastante fuerte para nada grande.

—¿Qué le parece a usted el tiempo? —me preguntó.

—No puede ser mejor —le contesté. Hacía realmente buen tiempo.

Le dejé al negro al volante y le dije que siguiera rumbo al este al borde de la corriente. Después fui adonde estaba Johnson sentado contemplando los saltos del cebo.

—¿Quiere que ponga otra caña? —le pregunté.

—Creo que no. Quiero hacerlo yo todo: pescar, forcejear y embarcar la pesca.

—Muy bien. ¿Quiere que Eddy maneje otra caña y se la pase a usted si pican?

—No. Prefiero que no haya más que una caña.

—Muy bien.

El negro seguía sacando la lancha corriente adentro y vi que había visto que un poco más adelante se levantaba una bandada de peces voladores. Miré atrás. La Habana era una hermosa vista al sol. Por delante del Morro salía del puerto un barco.

—Creo que hoy va usted a tener ocasión de forcejear, mister Johnson.

—Ya va siendo hora. ¿Cuánto tiempo llevamos saliendo?

—Hoy hace tres semanas.

—Es mucho tiempo para pescar.

—Son peces raros —le dije—. No se les encuentra aquí hasta que vienen, pero cuando vienen los hay en abundancia. Y han venido siempre. Si no vienen ahora no vendrán nunca. Tenemos la luna que hace falta, la corriente es buena y va a soplar buena brisa.

—La primera vez que vinimos había peces pequeños.

—Ya le dije que los pequeños escasean y desaparecen antes de que aparezcan los grandes.

—Ustedes, los capitanes de estos barcos, cuentan siempre el mismo cuento. O es demasiado pronto o es demasiado tarde o no hay buen viento o no hay buena luna. Pero cobran ustedes lo mismo.

—El caso es que generalmente es demasiado pronto o demasiado tarde, y muchas veces sopla el mal viento. Luego, cuando hace buen tiempo está uno en tierra sin clientes.

—¿Usted cree que el día de hoy es bueno?

—Hombre, yo he visto ya bastante hoy. Pero me gustaría que usted viera mucho.

—Así lo espero —me contestó.

Nos pusimos a la pesca.

Eddy fue a proa y se tumbó.

Yo me quedé de pie esperando ver alguna cola. De vez en cuando observaba al negro, que se desperezaba. ¡Qué noche debía de pasar!

—¿Quiere usted darme una botella de cerveza, capitán? —me preguntó Johnson.

—Sí, señor —le contesté, metiendo la mano en el hielo para sacarle una fría.

—¿No quiere una para usted?

—No, señor. Esperaré hasta la noche.

Abrí la botella y se la iba a largar cuando vi que un gran merlín, con una espada más larga que mi brazo, sacó del agua medio cuerpo para largar una dentellada a la caballa. Parecía un gran tronco.

—¡Afloje! —grité.

—No ha mordido —dijo Johnson.

—Entonces espere.

Había salido de muy al fondo y falló. Yo sabía que volvería.

—Esté preparado para largar hilo en el momento que muerda.

De pronto le vi subir desde muy al fondo. Se le veían las aletas, que parecían alas moradas, y las franjas moradas que le cruzaban el cuerpo pardo. Apareció como un submarino y su espinazo cortó el agua. De pronto se puso detrás del cebo y emergió del agua su espada, que oscilaba a derecha e izquierda.

—Deje que le vaya a la boca —dije yo. Johnson retiró la mano del carrete, que empezó a zumbar. El merlín se volvió, se lanzó al fondo y brilló como de plata al lanzarse velozmente hacia tierra.

—Apriete un poco el sujetador —dije a Johnson—. No mucho.

Johnson lo apretó un poco y vi que la caña se enderezaba.

—Apriételo fuerte y dele un golpe. Tiene que golpearlo. De todos modos va a saltar.

Johnson apretó del todo el sujetador y volvió a ocuparse de la caña.

—¡Duro con él! —le dije—. ¡Duro con él! ¡Dele media docena de golpes!

Johnson le dio un par de fuertes golpes más. La caña se dobló y el carrete empezó a chirriar. De pronto emergió del agua el pez, bum, con un salto recto, brilló como de plata al sol e hizo un ruido como el de un caballo al que se le tira desde un acantilado.

—Afloje un poco.

—Se ha ido —dijo Johnson.

—¡Qué se va a ir! Afloje pronto.

Yo veía que la caña se doblaba. Al siguiente salto estaba el pez a popa y quería alejarse. Después volvió a aparecer y levantó espuma. Vi que el anzuelo le había agarrado a un lado de la boca. Se le veían claramente las franjas. Era un hermoso pez de un plateado brillante, con franjas moradas y grandes como un tronco.

—Se ha ido —dijo Johnson. El hilo estaba flojo.

—Vaya recogiendo. Está bien agarrado —le dije yo—. A toda máquina —grité al negro.

Apareció una, dos veces, rígido como un poste. Todo lo largo que era saltaba hacia nosotros. Cada vez que caía levantaba agua a gran altura. El hilo se puso tenso. Le vi volverse con la intención de dirigirse hacia tierra.

—Ahora huirá —dije yo—. Si quiere escapar le seguiré. Suelte un poco el sujetador. Tenemos hilo abundante.

El merlín se dirigió hacia el noroeste, como van todos los grandes. ¡Cómo nadaba! Se puso a saltar sobre el lomo de las olas y parecía una lancha de carrera. Yo me senté al volante para seguirle después de haber virado y grité a Johnson que recogiera un poco teniendo firme el carrete. De pronto vi que tembló la caña y aflojó el

hilo. Sólo una persona enterada podía darse cuenta de que había aflojado al ver la curva del hilo sobre el agua. Pero yo me di cuenta.

—Se ha ido —dije a Johnson. El pez seguía saltando hasta que lo perdimos de vista. Era realmente un hermoso pez.

—Todavía siento que tira —dijo Johnson.

—Usted siente el peso del hilo.

—No puedo recogerlo. Quizá esté muerto, el pez.

—Mírelo —le dije—. Todavía salta.

Se le veía a media milla, levantando todavía agua.

Eché mano al sujetador. Johnson lo había apretado tanto que no podía soltar cuerda y tenía que romperse.

—¿No le he dicho que lo dejara flojo?

—Ha seguido tirando.

—¿Y qué?

—Que he apretado.

—Mire usted —le dije—. Si no se le da un poco de hilo cuando muerden de esa manera, lo rompen. No hay hilo que les resista. Cuando lo piden hay que dárselo. Hay que mantenerlo un poco flojo. Los que pescan para el mercado no pueden sujetarlos con rigidez ni siquiera con una cuerda de arpón. Lo que nosotros tenemos que hacer es seguirles con la lancha para que no se acabe el hilo cuando huyen. Después de la carrera se cansan y entonces se les puede atraer.

—¿De modo que si el hilo no se hubiera roto lo habría atrapado?

—Habría tenido usted una probabilidad.

—No podía haber seguido así, ¿verdad?

—Podía haber hecho otras muchas cosas. No empieza a luchar hasta terminar la carrera.

—Bueno, vamos a atrapar uno.

—Primero tenemos que recoger el hilo.

El pez había mordido y lo perdimos sin que se despertara Eddy, que después vino a popa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

En otros tiempos, antes de darse a la bebida, había sido un buen marinero, pero ya no servía para nada. Allí estaba, alto, demacrado, con la boca entreabierta, una fluxión blanca en el extremo de los párpados y el pelo descolorido al sol. Yo sabía que se había despertado para echar un trago.

—Más te vale beber una botella de cerveza —le dije.

Sacó una de la caja y la bebió.

—Bueno, Mr. Johnson —dijo Eddy—. Creo que lo mejor que puedo hacer es terminar mi sueñecito. Muchas gracias por la cerveza.

¡Qué tipo! Los peces le tenían sin cuidado.

Hacia el mediodía picó otro y se nos escapó. El anzuelo se elevó treinta pies cuando lo expulsó.

—¿Qué he hecho mal ahora? —dijo Johnson.

—Nada. Lo ha escupido.

—Mr. Johnson —dijo Eddy, que se despertó para beber otra botella de cerveza—. Tiene usted mala suerte y es posible que la tenga buena con las mujeres. ¿Qué le parece que salgamos esta noche?

Después volvió a tumbarse otra vez.

A eso de las cuatro, cuando ya íbamos de vuelta pegados a la costa, contra corriente y con el sol por detrás, mordió en el anzuelo de Johnson el merlín más grande que he visto en mi vida. Habíamos puesto un aparejo con plumas y cayeron cuatro atunes pequeños y el negro puso uno de ellos en el anzuelo. Era bastante pesadito y hacía mucho ruido en la estela.

Johnson quitó del carrete la correa para poner la caña de través sobre las rodillas porque se le cansaban los brazos de tenerla constantemente en posición. Y como también se le habían cansado las manos de sujetar el carrete con el tirón del pesado cebo, apretó el sujetador cuando yo no le miraba. No sabía yo que lo había apretado. No me gustaba verle sostener la caña de aquella manera, pero no quería meterme con él constantemente. Además, lo único que podía pasar teniendo el sujetador flojo era que se le fuera el hilo, de modo que no había ningún peligro. Pero aquella no era manera de pescar.

Yo iba al volante y conducía al borde de la corriente frente a la vieja fábrica de cemento. Allí hay mucho fondo cerca de tierra y siempre se forma una especie de remolino y pican mucho. De pronto vi que se levantaba el agua como si hubiera estallado una bomba de profundidad, y vi también una espada, un ojo, la mandíbula inferior y la enorme cabeza pardo-morada de un merlín negro. Del agua emergía su aleta dorsal a tanta altura como un velero aparejado. La espada era tan ancha como un bate de béisbol. Cuando echó la dentellada al cebo abrió el océano en dos. Era morado negruzco y tenía unos ojos del tamaño de soperas. Era enorme. Apostaría que pesaba mil libras. Grité a Johnson que le soltara hilo, pero antes de pronunciar una palabra vi que Johnson se elevaba en el aire como levantado por una grúa y que durante un segundo siguió sosteniendo la caña y se dobló como un arco, pero el mango le golpeó en la barriga y el aparejo entero se fue al agua.

El pez, al picar, lo había levantado de la silla, y no pudo sujetarlo. El mango lo tenía debajo de una pierna y la caña le cruzaba la otra. Si la hubiera tenido sujeta al cuerpo se lo hubiera llevado a él también.

Yo paré el motor y fui a popa. Johnson estaba sentado y llevándose las manos a la barriga, donde había sufrido el golpe. —Creo que basta por hoy —le dije.

—¿Qué pez era ése?

—Un merlín negro.

—¿Cómo ha sucedido?

—¿Ha calculado usted el precio? —le pregunté—. El carrete me costó doscientos cincuenta dólares. Ahora cuestan más. La caña me costó cuarenta y cinco. Había casi seiscientas yardas de hilo del treinta y seis.

Eddy le dio una palmada en la espalda:

—Tiene usted mala suerte, Mr. Johnson. No había visto nunca una cosa así.

—Calla, borrachín —le dije yo.

—Le digo a usted que no he visto en la vida una cosa tan rara, Mr. Johnson —replicó Eddy.

—¿Qué podía yo hacer con un pez como ése? —exclamó Johnson.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

